

maría luisa puga

literatura y sociedad

para myra landau

Escribir, en México, siendo mujer. Al parecer tres cosas contradictorias. ¿Dónde se coloca uno para conciliarlas? Escribir en un país de más de sesenta millones de habitantes, de los que más de la mitad no saben leer aún. Si uno se pusiera a pensar cómo se decidió, cómo escogió, cómo se atrevió a reconocer en sí una vocación tan descabellada... tan desproporcionada con la realidad. Pero tal vez es esa desproporción lo que impulsa. La vastedad antagónica de un mundo que pareció siempre al acecho, presionando, asediando para que se tomaran los cauces establecidos, los gestos reconocidos, los papeles aceptados. Y tal vez uno ni siquiera dijo no a eso. Simplemente optó por una tregua para "entender" el movimiento tan caótico, el ruido tan omnipresente, la imposibilidad del silencio en soledad un rato.

Que uno escriba como refugio, huida o explicación; como disculpa o como culpa por no ser capaz de hacer ninguna otra cosa. Que uno comience a rodearse de "noes" y poco a poco se vaya quedando al margen, viendo cómo la realidad se desarrolla con una naturalidad abismal, crudamente indiferente a sus componentes. Que uno se quede como paralizado viendo, descubriendo, entendiendo desde afuera. Que de pronto uno se vea ante la hoja en blanco y reproduzca lo visto, palpándolo en cada detalle, buscándole la textura, el sentido, la ternura o el dolor. Que uno, digo, haga todo eso sin darse cuenta de que está escogiendo un destino, una manera de ser, de estar, hacer y recibir.

Y de pronto la etiqueta: escritor. Y más: escritora. Y el país, el sexo, el momento histórico quedan encerrados ahí.

Existe entonces la posibilidad de entrar en el mundo indicado. Buscar a los semejantes, hablar un lenguaje especializado. Nutrirse de eso y, al hacerlo, nutrirlo. Con esa súbita forma de conocerse, de explicarse y utilizarse, uno a lo mejor tiende a mirar en torno en busca de modelos. ¿Cómo se es escritor? ¿Cómo se vive? ¿Dónde se pone uno? Y en torno no hay más que gente, todos tan desconocidos como uno. Todos igualmente imprevisibles y simultáneamente iguales. Y se cae, quizá, en la tentación de meterse en ellos, de hurgarlos y buscarles su verdad por dentro. Para saber ser escritor, de pronto resulta necesario saber cómo se saben los demás ser lo que son. Y la conciencia se empieza a llenar de gestos, de caras, de tonos y reacciones, y uno se va perdiendo en la posibilidad siempre superada por la siguiente o su contraria. Se topa uno con la gente viviendo sus emociones, sus contradicciones y se busca serle fiel al máximo, seguirlos paso a paso siempre buscando el pequeño mecanismo que lo hace ser lo que es con ese aire de irresolubilidad. Tan impenetrablemente real puede resultar una voz escuchada al pasar, o el coletazo final de un gesto. Pareciera que uno percibe en el justo momento en que el sentido de lo visto acaba de cerrarse sobre sí mismo. Con pánico se siente que uno comienza a diluirse en una nada que anda buscando formas que encarnar.

Se empieza uno a espiar tratando de establecer la raya divisoria: dónde termino yo y empieza lo otro. Y de pronto es como un loco ballet que hubiera perdido el control del ritmo. Pánico, pánico de quedar atrapado para siempre en un ruido sin sentido. En un movimiento sin principio ni fin.

Y surgen los objetos. Los necesarios asideros para no desintegrarse. Y se hace indispensable palpar espacio y tiempo y ver a la gente arraigada en su sitio, en su momento, en su circunstancia, en su condición. Y escribiéndolo, lo reproduce uno, pero también lo desnuda. Y entre las palabras comienza a surgir una presencia que no está en cada cosa por separado y sin embargo unifica el todo.

Nunca he sabido si llamarlo vida o realidad.

Pero escribir entonces empezó a significar el deseo de asir precisamente eso. La gente entonces perdió una primera capa de individualidad. Comenzaron a ser expresiones de algo. Formas. Contenidos. Para individualizarlos se hacía necesario tomar en cuenta el todo. Los gestos fueron indicadores de situaciones que para ser reveladas debían mostrar sus mecanismos, sus raíces, sus relaciones.

Hubo necesidad de una aproximación. Estar completamente afuera hacía turbia la visión. De lejos las cosas se confunden, se disfrazan. Un paso adelante y la realidad crecía, azorando, a veces aturdiendo. Pero se iba haciendo imposible retroceder. Había uno visto demasiado.

Escribir, entonces, significó entender, decir, mostrar, sentir, a lo mejor advertir. Pero seguía siendo desproporcionado. Seguía teniendo un dejo de pasividad irritablemente impotente. Y mientras más aguda era esa sensación, mayor la necesidad de escribir, más exasperante la impaciencia por desentrañar y acabar de una vez. Por tocar el fondo de algo y salir ya liberado, listo, dispuesto a vivir quizá purificado.

Como obsesión ineludible, como razón de ser, como única justificación de estar ocupando un espacio.

¿Y ser mujer? ¿Y estar en México?

¿Qué sucedió con la primera lectura significativa? Por lo general es un tropezón que revela un tipo de ensimismamiento. Un salirse de la sensación propia. Un existir con toda la capacidad sin ningún condicionante. Detrás de la ventana yace la ciudad, exigiendo de todos y cada uno que seamos algo. Un rato un hueco. Y comenzar a ver libremente, sin peligro de que lo atropellen a uno, de llamar la atención por impertinente, de suscitar miradas maliciosas, gestos reprobadores. Leer fue la conquista de una dimensión sorpresivamente reveladora. El momento de paz y coherencia. El primer instante sin miedo. Qué distinto resultaba ese mundo entre las manos, a ese otro, diario y conflictivo. A esas visiones crueles que se aprenden a registrar por encima únicamente. A ese lenguaje que se expandía en el aire entrecruzándose y embrollándose, dejando pálpitos de duda, de angustia, de insatisfacción. A esas frases que no decían lo mismo que los gestos. A esos silencios preñados y dolorosos. A esos tonos duros e hirientes. Qué quietas, armoniosas, las palabras en el papel. Qué suave fluir y contagioso movimiento tenían. Qué clara la gente, qué lógico todo. Qué refugio increíble la lectura, por sobresaltadora que fuera, por incitadora o recriminadora. Dejaba su tono quietamente depositado en uno y se iba erigiendo una especie de malla protectora, a veces como cedazo de lo que antes sepultaba, otras, a manera de contenedor, reteniendo pedazos de cosas que súbitamente brillaban con nuevo sentido. Y siempre ese momento de entrar en el libro, como se llega a la sombra protectora y refrescante. Olvidarse un poco. Aquietarse un rato.

Pero todo proceso es movimiento y todo movimiento va destilando formas perpetuamente nuevas. Imposible imaginar una trayectoria que al irse desarrollando, no vaya desenvolviéndose para todos lados.

En un momento dado, inevitablemente, también la lectura se automatizó. Se disecó el movimiento que contenía. Se convirtió en libro y dejó de ser experiencia. Se empezó a parecer a la ventana que dejaba el ruido afuera. Los libros cada vez hablaban menos de lo reconocible, y afuera, en la calle, el lenguaje que imbuían dejó

de ser aplicable. Las imágenes que imprimían no tenían espacio acá afuera. Y este afuera, poco a poco, comenzó a ser intraducible. No resultaba posible contener las escenas percibidas a diario en un libro. Resultaba descabellado. Y apartar la vista para seguir leyendo comenzó a parecer un gesto despavorido. Los cuerpos, las voces, los tempranos motores, los llantos de niño, las ropas raídas, los ojos cansados, las caras infladas, los coches suntuosos, la gente mirando, ignorándose, aguantando, habituándose, el ritmo callado e intenso de días y días que se iban pasando igual que se pasan las hojas de un libro, comenzaron a aparecer entre líneas borrando lo escrito, lo quieto, armonioso, posible del libro. Y se produjo un vacío.

Más bien fue una brecha. Se formó una especie de tierra de nadie. Una franja que separaba al lenguaje de lo de afuera. Dos momentos totalmente inconexos e igualmente incompletos. Se iba del uno al otro con la permanente sensación de estar recién saliendo y no acabar de llegar. Uno y otro extremo eran la espalda de un frente que tenazmente escabullía el mostrarse. ¿Qué decía el lenguaje? ¿Cómo se decía la realidad? Parecían dos experiencias que se abrieran como dos caminos que no se tocarían nunca. Cómo escoger, si uno y otro resonaban huecos y desarraigados. La inmediatez de la realidad y la linealidad del lenguaje. La literatura así parecía una frágil caja de cristal que hubiera de preservarse de los zapatos atrabancados, los empujones y las brusquedades. Del posible accidente por descuido. Tan frágil, que había que lavarse las manos antes de tocarla. Despojarse de la condición humana para no contaminarla. Y esa realidad atropellada e inconsciente requería de una dimensión de ensimismamiento que la permitiera escucharse y verse; saberse viviendo y decirse pensándose. El lenguaje era su única posibilidad de hacerlo. El lenguaje organizado creativa, responsablemente. El lenguaje que rescataría los ángulos latentes y adormecidos, que revelaría lo que iba quedando a la espalda, que rescataría lo olvidado e imaginaría lo nuevo. El lenguaje del hombre a través del hombre.

Uno se pregunta entonces: ¿escribir para quién? Y al tratar de ubicarse en toda esa realidad, al tratar de detectar el tono que lo diga a uno y que lo diga a alguien que podría estar interesado en lo que uno dice, ese "afuera", esa realidad, cobran una forma específica en donde se hace necesario desentrañar todos los elementos, todo lo que la fragmenta, todo lo que la podría unir. Una manera de ir la conociendo, de ir la sabiendo y poder reconocerse uno en ella, es escribirla. Más que para describirla, para hacerla propia, para pertenecer a ella. Escribirla no para comentarla, para analizarla o denunciarla. Escribirla para hacerla sentir, para compartirla y asumirla. Para hacer reales todas sus manifestaciones; para romper la costumbre sonambúlica de verla desde la

ventanilla del coche o desde la identidad propia sin permitir que nos roce. Escribirla, inevitablemente escribiéndose uno, dejándose ver y tocar. Metiéndose.

Aún antes de saber para quién, era necesario saber cómo, dónde se colocaba uno. Pero ya no era ante el escribir que se buscaba un sitio, sino ante lo que constituía el motivo de escribir; la esencia de escribir.

Nunca he sabido si llamarlo vida o realidad.

Descubre uno las distintas maneras de pertenecer; las diversas formas de ser, de actuar, de entender las limitaciones propias. Eran como caminos que una y otra vez se cerraban y lo obligaban a uno a volver sobre sus pasos para recomenzar en otra dirección; el tono sarcástico, rabioso, rebelde, pedagógico... la osadía, la pesadumbre, la autocompasión. Mil formas posibles que había que ir buscando hasta encontrar la que cuajara. La que se convirtiera en verdadero puente que salvara esa franja de tierra de nadie.

Mujer, y en México. Se podía confundir con un tono. Se podía convertir en una meta. Pero escogerlos como tema hacía que demasiadas cosas quedaran fuera. Sonaba demasiado a monólogo, que más que establecer el puente, creaba una identidad.

La cara de la desproporción. La simultaneidad de vidas. La vasta inconsciencia, la descomunal indiferencia, la incansable mentira, la monumental injusticia. Sensaciones claras, directas, que había que hacer vivir en sus más ínfimos detalles. Pero al tratar de decirlas, mirar a quién y para qué.

Se trataba de una operación doble. Posiblemente triple: mirar, mirándose, ser mirado. Una realidad de la que uno es parte y a la que uno contribuye para que sea así. Que lo coloca a uno en un punto de victimización y responsabilidad. Escribirlo. Escribirlo como un comentario permanente, una constante toma de conciencia, un perenne decirse la posición propia en relación con lo de afuera. No era precisamente a ese afuera al que el comentario estaba destinado. Éste nacía para poder mantenerlo a uno afuera, para conectar la existencia propia con ese afuera. Tal vez para traerse más y más gente a la conciencia de ese afuera.

Un comentario casi cómplice, desde el margen, pero mirando siempre en una dirección precisa: afuera.

¿A quién, pues, se le hablaba? A quien quisiera, buscara, pudiera oír. Al más distraído de todos. Al que sucediera que, por una causa u otra, resultaba ir pasando junto. Al que, de pronto, en medio del caos de lo inmediato, del estruendo de la costumbre, de lo indiferente del hábito, podría tal vez constituir la atención que lo salvara a uno; la conciencia que daría sentido a las palabras propias. Hablarle al más distinto, al más distante, buscando un elemento en común, un ángulo unificador, algo que revelara el

destino que irremediamente nos une. Escribirle apelando a una solidaridad que a la vez trata uno de aprender a sentir.

En ese afuera todo ocupaba un sitio. Se sabía que uno mismo también. Se podía intuir que no era sólo llenar un espacio sino cumplir con una función específica. Que pese a nuestros accesos de rebeldía o protesta, pese a la intuición de que no era la única manera en que podían suceder las cosas, uno desempeñaba un papel preciso que contribuía a que ese afuera se erigiera concreto, aparentemente irremediable.

Escribir para volver la atención al acto mismo de ser lo que se era, y desde esa conciencia de la parte que constituía el todo que le daba una identidad precisa, tomar la vida propia en las propias manos.

Más que con etiquetas —que uno iba descubriendo poco a poco que son lo menos necesario de todo— con la presencia propia. Más que para designar, para realizar encarnando los distintos fragmentos de la realidad. El hambre no se dice. Se siente, y entonces se entiende. No se denuncia. Se coloca uno enfrente para saber que es una idea, sino parte de la realidad. Y el hecho de que sea así nos alude directamente.

También fue posible descubrir que el vacío de lenguaje no se llena con palabras sino con conciencia que se traduce al lenguaje. Que el lenguaje debía llegar a la conciencia, no como mensaje, sino como sensación. Que la convicción no es una escogencia, sino el reconocimiento de lo real. Que su forma es la fe, y no la ideología.

Escribir así. El proceso, un lento aprendizaje, un ir viviendo. Un ponerse ahí.

Y la única manera posible de hacerlo es tratando de ser lo más consciente posible de la identidad propia. Escribir, pues, siendo fundamentalmente **escritor**, y mujer y en México. Y escribir todo eso.